



La épica venezolana: entre carencia y desengaño*

Gregory Zambrano**

Resumen:

Los hitos fundamentales en la construcción del estado-nación, permiten comprender cómo la historia venezolana, desde el siglo XIX hasta el presente ha transitado caminos espinosos. Estas páginas hacen un recorrido crítico sobre el papel de las mentalidades en el proceso de construcción de lo nacional. Al mismo tiempo, revelan la manera en que cada generación encaró su tarea constructiva como una forma de vencer el pesimismo. En el recorrido hemos visto cómo la prédica ideológica ha ido en un sentido y la realidad ha marchado por otro; el país sigue buscando su cauce sin renunciar, pese a los autoritarismos de turno, a las prácticas de regularidad legal, probidad administrativa, ciudadanía, educación, libertad y cultura.

Palabras clave: Venezuela, procesos políticos, renta petrolera, modernidad, modernización, libertad, democracia, ciudadanía.

Abstract:

The milestones in the construction of the nation-state, allow us to understand how Venezuelan history, from the nineteenth century to the present, has gone on thorny path and difficulty. These pages are a critical overview on the role of attitudes in the construction process of the national conception. At the same time, this work describes how each generation faced its constructive task as a way to overcome the pessimism. Over history we have seen how the ideological preaching has gone on a different direction from the reality; in spite of some stages of authoritarianism, the country is still seeking its course without surrendering regularly practices legal, administrative probity, citizenship, education, freedom and culture.

Key words: Venezuela, political processes, oil revenues, modernity, modernization, freedom, democracy, citizenship.

* Artículo culminado en mayo de 2016, entregado para su evaluación en julio de 2016 y aprobado para su publicación en septiembre de 2016.

** Profesor Titular jubilado de la Universidad de Los Andes (Venezuela). Doctor en Letras por El Colegio de México. Actualmente es profesor-investigador en el Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Tokio. Ensayista, crítico literario y editor. Dirige el blog literario *Los mapas secretos*. Entre sus libros: *Cartografías literarias* (Mérida, 2008); *Hacer el mundo con palabras. Los universos ficcionales de Kobo Abe y Gabriel García Márquez* (Mérida, 2011), entre otros. Email: gzambran@yahoo.com.

1. Introducción. Los primeros pasos en el orden republicano

Entre el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811, Venezuela vivió unos días de intensa agitación política y social. Lo que comenzó como una búsqueda de nuevos caminos hacia la libre autodeterminación y la construcción de un estado nacional, representó diferentes retos para quienes tuvieron la responsabilidad de articular un programa de acción dirigido a resguardar valores construidos en la mixtura de sangres y experiencias de siglos. Los ánimos y las emociones también se sacudieron. Indígenas, blancos, negros, mestizos, zambos, todos ayudaron a crear la riqueza heterogénea que dio forma y acción a unos sujetos que reclamaban un lugar en el concierto de la historia.

Me gustaría esbozar aquí, de manera sucinta, algunos hitos que ayudaron a perfilar la conciencia del ser nacional, del ser venezolano. Y con ello repasar un breve panorama del modo como se ha pensado a nuestro país desde una perspectiva humanista.

Para poder explicar los procesos históricos es necesario definir los componentes implicados en su devenir. Algo que no ha dejado de ser una tarea persistente: la construcción de Venezuela. A la prédica ideológica que demandaba y justificaba acciones contundentes, correspondió un levantamiento armado, y varias ideas que motivaron esas acciones tuvieron inusitada continuidad a lo largo de todo el siglo XIX. Partamos de algunos de estos hitos para recorrer de manera sucinta lo que fue un largo camino de agonías pero también de esperanzas.

Al terminar aquella Guerra de Independencia, el país quedó disperso, enfermo y en ruinas; luego, la República no logró cumplir las promesas que había encarnado la insurrección. Se tornó entonces un tiempo caótico, mientras las desavenencias y los apetitos personales producían el alejamiento de un futuro promisorio. Se esperaba que los hijos de la revolución triunfante pudieran realizarse en el marco de una institucionalidad que diera cuenta efectiva de que se vivía en una nación y no en un campamento. Por mucho tiempo prevaleció el extravío: la lucha entre los caudillos prolongó el sobresalto de una guerra permanente y no se logró la utópica epopeya agraria de Andrés Bello, fundada en la esperanza de una paz duradera y en el trabajo de

la tierra. Producto de esos desaciertos prevaleció la ruina económica. Sin embargo, aquel pueblo no renunció a la esperanza.

La idea de libertad, como síntesis de aquellos ideales, estuvo impulsada por diversos grupos sociales en procura de adaptarse a la nueva realidad sociopolítica: los esclavos no encontraron acomodo una vez que se decretó su liberación, vagaron y volvieron a las tierras donde habían trabajado por generaciones; así, el pardo, el criollo terrateniente, el blanco de orilla, y el sector más preterido, el indígena, trataron de encontrar su lugar en el nuevo orden. No fue una tarea sencilla. Esta desazón fracturó el orden del estado-nación tempranamente y acusó en lo social el mismo fracaso que en lo político: nuevas divisiones, sectores en pugna, carencia de diálogo entre las élites, traición a los ideales de redención social, entre otras iniquidades. El resultado arrojó suficientes razones para una guerra fratricida continuada, que tuvo su corolario años después, en la Guerra Federal (1859-1963).

Para Simón Bolívar, aquella idea de Libertad simbolizaba el gran ideal auspiciado por sus luchas: “la libertad era la gloria de la emancipación y la reunificación de las provincias liberadas; para los criollos terratenientes, un comercio floreciente libre de los controles imperiales; para las castas y las clases dominadas, la autonomía y la igualación. El resultado final es que todos se encontraron en la decepción. Los escasos sobrevivientes de los sectores dominantes veían su ruina y su desaparición; los dominados continuaban siéndolo”¹.

El saldo de aquellas dos décadas de lucha es devastador. La forma de asumir la guerra como la manera más efectiva de hacer política dejó infaustas consecuencias, según se puede apreciar en una carta de Pedro Briceño Méndez recontextualizada recientemente por la escritora Ana Teresa Torres (n. 1945). El prócer Briceño Méndez, le escribe a Bolívar una esquila en 1828 donde le dice: “El gran problema que tenemos es la miseria. No puede describirse el estado del país. Nadie tiene nada y poco ha faltado para que el hambre se haya convertido en peste”². Ésta es una conclusión desoladora.

Algunas otras antiguas provincias con menos municiones y más negociación lograron sus objetivos independentistas. Brasil alcanzó su independencia de Portugal en una confrontación de baja magnitud.

Pero Venezuela —más que muchos países del continente— perdió buena parte de su población, y sobre todo de su población joven; devastó sus recursos productivos y atomizó sus élites intelectuales. Sin embargo, no todo el saldo fue negativo: se llenó de héroes. Aquellos héroes, arruinados y en harapos comenzaron la tarea difícil de construir un país. Y esa tarea la continuaron sus herederos de sangre y gloria. Eso sí, había muchos héroes y sobre todo mucha gloria. Es reveladora la carta que El Libertador envía a su tío Esteban Palacios el 10 de julio de 1825, donde le dice:

Los campos regados por el sudor de trescientos años, han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas?, se preguntará Vd. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad; y están cubiertos de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas, a lo menos, éste es el mío; y deseo que sea el de Vd.²³.

Es clara la conciencia del Libertador de que la guerra había arrasado aquella porción del territorio y había que emprender la tarea de refundar. En esa tarea se le fue la vida, y al final de sus días terminó reconociendo que había arado en el mar. Luego vino la república como una sucesión de intentos y fracasos. La primera, la segunda, la tercera.... en fin. La guerra había sido ganada, el país se hallaba desolado, pero había que fomentar el hecho contundente de la victoria, y luego, como consecuencia de ésta, la libertad que se había forjado con la gloria.

Francisco de Miranda (1750-1816), Simón Rodríguez (1769-1853), Simón Bolívar (1783-1830), figuran junto a José Rafael Revenga (1786-1852), José María Vargas (1786-1854), Juan Manuel Cajigal (1803-1856), como hacedores de patria, más allá de las coyunturas políticas de su tiempo, porque pensaron en una república y en un país contenido sobre un horizonte de fortalezas institucionales. Así Andrés Bello (1781-1865), Fermín Toro (1806-1865), Juan Vicente González (1810-1866) y Cecilio Acosta (1818-1881) nos dejaron como herencia un pensamiento iluminador que permite comprender cómo maduraron y cómo actuaron los venezolanos de entonces en los

momentos más aciagos del largo y tortuoso camino de construcción nacional. Al mismo tiempo, revelan la manera como cada uno conjuró aquella perspectiva pesimista, que era negación de lo venezolano, y que como un sino cubría nuestro país de ceniza. Así lo subrayaba un gran pensador venezolano del siglo XX, Augusto Mijares (1897-1979), quien creyó con optimismo que había que refundar la república sobre la base de “lo afirmativo venezolano”, sustentada en prácticas de regularidad legal, probidad administrativa, educación, libertad y cultura⁴.

2. El despertar de una cultura optimista

Hacia el final del siglo XIX la aparición de una obra como *Venezuela heroica* (1881)⁵ afirmaba la necesidad de contar los hechos de la historia próxima con mayor apego, no sólo a los referentes comprobables, sino a la emotividad de ver cumplida una hazaña verdadera. Así, Eduardo Blanco (1838-1912), quiso y logró hacer de los cuadros de la guerra un fresco de la virilidad nacional con un realismo apasionado e hiperbólico.

Eduardo Blanco había conocido a muchos de los héroes de la Guerra de Independencia. Y tuvo el privilegio de participar en la Guerra Federal como edecán del general José Antonio Páez (1790-1873), a quien escuchó narrar episodios de aquellos años terribles, muchas veces deformados por la distancia, que luego Páez dejaría plasmados en su *Autobiografía*, como su aporte a una necesaria “historia verdadera”.

Blanco fue también uno de los discípulos más destacados de Juan Vicente González (1810-1866), el gran polemista, de pluma vehemente y maestro de toda una generación de venezolanos forjados en el compromiso social, que prefiguró la estética del romanticismo. Estos son los principios que motivaron la escritura de *Venezuela heroica*⁶ como la primera gran epopeya en prosa de la historia romántica nacional. Esta obra habría de marcar un derrotero que se hizo política de estado en las dos últimas décadas del siglo XIX: el culto de los héroes y el fervor de la patria heroica.

El lector de hoy puede examinar esta obra como un hito clave en el impulso fundacional de ciertas prácticas sociales, ancladas en nociones desfasadas de heroísmo y fervor patrio. Sobre todo en lo que corresponde a la primera etapa de institucionalización del estado republicano. Más allá de las implicaciones ideológicas que de manera interesada pudieran sustentar aquel modelo, basta con leer entre líneas que *Venezuela heroica* no es sólo una epopeya fundacional sino también, vista en la distancia, una manifiesta ejemplificación de la carencia y el desencanto.

Carencia de acuerdos y concertación que devino fracaso de la república al no poder derivar de aquella gesta el esfuerzo suficiente para consolidarla y, por consiguiente, desencanto frente al proyecto nacional. La política iba por un lado y los hechos por otro; los sueños y esperanzas de aquellos venezolanos transitaban por un camino, y las apetencias y desvíos de los líderes por otro.

Como lectores, podemos seguir el curso de los hechos, y en la comprobación documental, conocer el efecto de políticas erradas sobre aquella realidad. Cabe preguntarse una y otra vez dónde se torció el camino y cómo muchas generaciones de venezolanos han tenido el anhelo de retomarlo, darle un nuevo sentido, reorientarlo. Pero seguimos —como en el mito de Sísifo— subiendo la piedra desde abajo, recomenzando cada vez. O padecemos el síndrome de Adán, predestinados a ser el primer hombre y a creer que todo debe comenzar con nosotros. Acaso olvidamos que somos apenas eslabón de una cadena, una pregunta que nos sobrevivirá tratando de hallar respuestas. Es por ello que encontramos tanto extravío, tanta desmemoria, y se hace necesario leer de nuevo, adentrarnos en el pensamiento de nuestros historiadores, de nuestros intelectuales, y seguir formulando interrogantes que puedan ayudarnos a comprender aquellas contradicciones que hacen tan conflictivo nuestro presente.

El historiador Tomás Straka (n. 1972), en su libro *La épica del desencanto* (2009)⁷ irrumpe con una lectura im/pertinente contra aquel relato lleno de héroes, de grandes batallas unificadas por la hipérbole. Y reivindica las formas de “leer de nuevo” que emprendieron maestros como Guillermo Morón (n. 1926), Germán Carrera Damas (n. 1930),

Manuel Caballero (1931-2010), y Elías Pino Iturrieta (n. 1944), entre otros, donde se intenta, con excelente prosa, restablecer una manera distinta de mirar el siglo XIX. La gesta independentista tiene diversas aristas en su lectura contemporánea, más allá de las fechas celebratorias que las envuelven hoy en día. Uno de los propósitos debería ser iluminar su opacidad originaria, alejarla de la manipulación tendenciosa de políticos oportunistas y desdeñosos. Habla Straka de una “rebelión”, producto de una “revolución historiográfica”, generada en nuestra visión de la historia como producto de la profesionalización y modernización del oficio de historiador, y que comenzó a manifestarse desde mediados del siglo XX. Ésta fue de la mano, retroalimentándose, con la instauración de la democracia que dio un nuevo sentido de la vida nacional.

Cada generación ha hecho su aporte a esa larga carrera que comenzó como una necesidad de establecer identidades societarias, desde las políticas culturales instauradas por Antonio Guzmán Blanco (1829-1899) a finales del siglo XIX:

(...) los retratos de 30 héroes nacionales encargados a Martín Tovar y Tovar en 1873 para adornar el Palacio Federal; la publicación de los *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia* compilados por José Félix Blanco y Ramón Azpúrua en 1875; la glorificación de los “Ilustres Próceres” que aún vivían; el decreto del Panteón Nacional en 1876 y, finalmente, la celebración del Centenario del Libertador en 1883⁸.

Estos elementos forman una secuencia en procura de una genealogía basada en el prestigio bolivariano; la misma será una recurrencia para legitimar ciertas acciones y posturas del liderazgo político nacional, en el siglo XX y en lo que llevamos del XXI.

Aquella genealogía basada en el culto a los héroes y a la patria heroica no ha sido suficiente para combatir las secuelas del desencanto. De alguna manera nos ha ayudado a convivir con sus efectos devastadores: los engendros de la apatía hacia lo nacional, cierto complejo de inferioridad y, sobre todo, la incomprensión de los retos que implica asimilar nuestra idiosincrasia. Sin embargo, tantas

generaciones, aun conscientes de este trauma histórico apostaron por sembrar esperanza.

3. Vocación de sociedad

De lo que se trata entonces es de repensar cómo se puede desmitificar la concepción de la historia basada sólo en los hechos militares, que ha poblado los manuales de enseñanza —y también la práctica cotidiana— de una visión oficializada desde la institucionalidad castrense. Esto implica transformar aquel relato en fuerza interpretadora de la realidad del país, no de la herencia histórica asimilada como recuento, inventario o anécdota, sino de la manera como el culto de los héroes y de la patria heroica ha servido como mecanismo de manipulación para tratar de fundar un sentido de pertenencia en las masas populares. Sentido que luego cobra fuerza en ciertas élites políticas para acercar a los grupos sociales y culturales del país a una nueva interpretación que se vuelve simbólica, y que busca darle al colectivo nacional una ilusión de unidad.

Esto sucedió cuando se introdujeron las reformas de Guzmán Blanco sobre los símbolos patrios, con la institucionalización del “Gloria al bravo pueblo”, aquella “pobre canción de 1811” en himno nacional; la bandera que había traído el precursor Francisco de Miranda, el escudo con sus ideas de abundancia y unidad, y el emblemático caballito libertario que corría ayer en un sentido y que hoy corre en otro, y que en la perspectiva histórica no deja otra alternativa de interpretación que un transitar errático: tal vez mañana cabalgue de frente hacia nosotros o, finalmente, nos deje ver su derrotero en el horizonte de sus ancas.

Pero no era suficiente con la fanfarria y el cotillón, con la fiesta perpetua amparada en la gloria de los libertadores. Había que formar un basamento institucional que echara al país por los caminos del “orden y el progreso”, de una pretendida modernización que no tuvo correspondencias de modernidad. Y en el centro el personalismo caudillista que se regodeaba en un narcisismo patológico. Había que darle sentido a una alternativa civilista, amparada en el trabajo institucional, en las leyes, sobre todo en su cumplimiento.

Este orden basado en el culto personalista era incomprensible o, mejor, injustificable para un verdadero humanista, forjado en la dura tarea de cultivar el intelecto y profesar un magisterio que colindó en apostolado: el de Cecilio Acosta, condenado a la inanición por atreverse a cuestionar las bases tambaleantes de un liderazgo de florilegios. Desde su vocación humanista asumió con entereza la prueba de resistencia civil frente al mandón de turno. Su ética y honestidad serían destacadas por sus contemporáneos, incluso los venidos de otras tierras: “Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera, y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva”, dijo de él José Martí (1853-1895) en su semblanza, a manera de oración fúnebre, en 1881⁹.

Acosta fue de esa estirpe de maestros que sorprenden por la riqueza de sus haberes intelectuales. En medio de las mayores carencias materiales destacó por su lucidez frente a los extravíos, y por su fortaleza ética y sus virtudes ciudadanas se convirtió en un ejemplo incómodo para un país saturado de frivolidades, impactado por lo que traían en sus páginas las revistas de moda, movido por la falsa percepción de lo moderno, y que en lo político, justificaba la proliferación de aduladores del poderoso en funciones de gobierno.

4. El nuevo siglo y los sueños repetidos

El horizonte se abría al siglo XX con todas las incertidumbres. No sólo se trataba de un cambio de siglo sino de la perdurabilidad o no de un proyecto político encarnado por una nueva figura histórica, Cipriano Castro (1858-1924), quien en 1899 había encabezado una revuelta que terminó con la toma del poder. Fiel a la tradición de los golpes de estado, el siglo XX irrumpe bajo una forma tan personalista y curiosa de la que sobrevivió algún anecdótico algo faunescos y un largo festín que culminó con su retiro del poder por razones de salud. Sin embargo, quedó también la impronta de un mandatario que se comportó a la altura frente a las amenazas intervencionistas de algunas potencias extranjeras. El resto de la historia es bien sabido. Lo que

importa es destacar cómo aquel país que había acumulado alguna fortaleza institucional se hundiría en la larga noche del gomecismo, que algunos historiadores han cubierto con el manto de la barbarie y que otros han querido reivindicar, precisamente por la paradójica actuación de un importante número de brillantes intelectuales que le sirvieron y se sirvieron de ella.

Julio César Salas (1870-1933), fundador de los estudios sociológicos en la Universidad de Los Andes, pudo advertir tempranamente los desmanes de este nuevo régimen que en mucho adecuaba sus prácticas de silenciamiento y persecución, a una disfrazada forma de pacificación. Escribió Salas en 1919: “Todo atentado o restricción contra la libertad de juzgar, de pensar y de exteriorizar razonamientos o juicios de palabra o por medio de la prensa, destruye la evolución social”¹⁰. Y esa alerta iba acompañando su clara conciencia de que una de las principales consecuencias de este orden autoritario era modificar la eficacia de lenguaje para ajustarla a intereses sectarios.

Salas denuncia cómo el discurso fue transformando su condición comunicativa para justificar una inversión de los significados. Con ello llegaba a la conclusión de que todo régimen autoritario funda su poder en las paradojas:

Puede decirse que hasta el idioma se ha corrompido y han perdido su legítima significación las palabras donde la brutalidad e impulsividad de un asesino se califican de valor, la hipocresía es discreción, el robo y el peculado se titulan viveza, el monopolio abrumador, trabajo, y al adulador servil se le dice inteligente; así como al obscuro tiranuelo, ilustre, alto a lo bajo, grande a lo pequeño; donde los vicios son virtudes, y estando subvertidos el orden moral y la paradoja floreciente, no se admiraría uno de que fallasen también las leyes del equilibrio universal y el agua de los ríos ascendiese de los valles a las cimas de los montes¹¹.

No es de extrañar entonces que se afirme que “cuando una sociedad se corrompe, lo primero que se gangrena es el lenguaje. La crítica de la sociedad, en consecuencia, comienza con la gramática y con el restablecimiento de los significados”¹².

5. El dinero nos llegó primero que la cultura

Pareciera un mal designio que el dinero nos haya llegado primero que la cultura. Una dura conclusión que busca reeditar la conciencia crítica que en los años cincuenta del siglo XX esbozó Mariano Picón Salas (1901-1965) sobre el venezolano apegado de manera parasitaria a la renta petrolera, esclavo de la burocracia, apegado a la certeza de quince y último; la cuota de petróleo que nos pertenece por el solo hecho de haber nacido sobre esta tierra cuyo subsuelo parece inagotable, pero que no lo es. Escribía proféticamente Picón Salas en 1948:

Lo peor que podría ocurrirle a Venezuela es que al amparo de un presupuesto pródigo como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos; en una inmensa oficina de pensiones que comenzando en el Distrito Federal, se ramificase por todo el territorio, de hombres que escriben sobre papel oficial y cobran el día quince, mientras que la minería, los cultivos, la dirección de las empresas económicas, la aventura viril de conocer, dominar y aprovechar nuestra tierra va gravitando por inercia hacia el técnico o el industrial extranjero que trae más voluntad, destreza y codicia¹³.

Miguel Ángel Campos (n. 1955), uno de nuestros más lúcidos ensayistas contemporáneos, desde hace unos años viene analizando y proponiendo una lectura de la cultura nacional basada en la revisión pormenorizada de los haberes de la república, pero también desde una perspectiva muy crítica y audaz, por ello a veces incómoda. Esto corresponde a los avatares de esta república que no se ha fundado en los más probos ideales sino, en la explotación y la rapiña, signos característicos de nuestro devenir en distintos momentos, del pasado y del presente. Campos, haciendo un balance histórico de esta circunstancia escribía: “Institucionalmente, desde el escenario de Guzmán Blanco no podía predecirse el gomecismo, tampoco desde el universo ciudadano de hombres como Fermín Toro y Revenga se podía insinuar el personalismo guzmancista”¹⁴.

Esto quiere decir que, en la mayor parte de los casos, no hemos sido capaces de advertir a tiempo los síntomas del personalismo, el mesianismo, la ineficiencia, la corrupción, y diversas generaciones de venezolanos, sumado a lo ya expresado como desencanto —que adquiere diversos rostros de melancolía— hemos pecado de optimistas. También ha dicho el ensayista trujillano: “Podríamos afirmar con certidumbre y casi con temblor que aquello que sea el proyecto de la sociedad venezolana desde esa fecha para acá es el resultado de la acción del Estado discrecional y unos grupos avisados en posesión de un arma impune llamada renta fiscal”¹⁵.

Falta mucho para alcanzar una verdadera independencia, por los menos de la renta petrolera y de la importación. Con tierras tan fértiles, con recursos naturales abundantes, la economía venezolana está sembrada en los puertos. El maná sigue irrigando la “nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra”, como decía Picón Salas¹⁶, y los gobernantes de turno, que no procuran realmente sustentar una economía basada en la producción nacional, hacen de cada venezolano un ser amenazado y dependiente. No nos hemos podido liberar de un imperio político, que socava en lo económico desde hace más de cien años y ya estamos de frente, abrazando a otros imperialismos emergentes, como el ruso y el chino.

Mientras vivimos una especie de derrota permanente, habría que preguntarse si el camino es quedarse pasivo, con una indiferencia que tanto se parece al cinismo, o ser más activos y pensar que de cada uno de nosotros depende que las estructuras de la sociedad se transformen y evolucionen sembrando más democracia y más libertad, pero también más responsabilidad. Esto pasa por mantener como una necesidad colectiva hacer mejor ciudadanía. De lo contrario, y no quiero con esto acentuar la “ceniza” de la que hablaba el ya referido Augusto Mijares, estaremos condenados al fracaso, y será vano tratar de explicar o justificar las causas de esa derrota por no haber podido combatir los demonios del pasado, que pululan en el presente, y que sin duda amenazan el futuro esperando otro mesías que venga de la mano con excesiva fe en el petróleo inagotable. Sería dejar demasiado al azar, lo que equivale a seguir siendo un país de *lotófagos*, en la

doble acepción que le da Domingo Miliani: engullidores de flores que inducen el olvido e irremediables jugadores de lotería¹⁷.

6. A manera de conclusión. Una herencia recibida con gratitud

¿Qué nos queda como enseñanza? No dejar de mirar la historia, no dejar de aprender del relato que la sustenta. Insistir en la necesidad de la transformación positiva del hombre en la sociedad, sustentada en valores. Transformación que debe ir en distintas direcciones: transformación cultural, transformación social, transformación política. La literatura, que tiene muchas maneras de transmutar la realidad y de acercarla a nosotros, nos impone un acercamiento crítico y abierto a las múltiples formas como la realidad se muestra en ella.

Históricamente diversos autores han propuesto la valoración crítica de la lectura, subrayan su importancia en el desarrollo cognoscitivo del individuo, y lo aleccionador que ésta puede ser para mejorar la sociedad en la que nos desenvolvemos como individuos. Pareciera que vivimos atados a un sino promovido intencionalmente por los gobernantes que, en distintos momentos de nuestra historia, no han querido realmente educar a los venezolanos. Esto tal vez se afiance en una convicción terrible, basada en prácticas bárbaras que privilegian la ignorancia para procurar el conformismo y el miedo que deviene manipulación.

Gracias a la versatilidad de la tecnología, que promueve cada día más eficaces formas de expresión, esto parece lejano, pero no hay que confiarse. La amenaza está al acecho. Hay que insistir en la idea de libertad, de democracia, de ciudadanía, de igualdad y oportunidad (que no oportunismo).

Humanismo para el siglo XXI significa mirar con optimismo el futuro como algo alcanzable, como algo que está esperando por nosotros si logramos como colectivo deslastrarnos de los caudillismos decimonónicos redivivos, pensar en el futuro y no anclarse en el pasado copiando modelos fracasados.

Si abrimos las ventanas hacia el mundo veremos otros países que han tenido traumas históricos aterradores, y que han sido superados, como las guerras civiles centroamericanas, las dictaduras del Caribe y

del cono sur de nuestro continente o los totalitarismos de la Europa del Este y Asia —los primeros derruidos y los segundos en franco proceso de transformación—. Debemos estar muy atentos y luchar porque prevalezca, junto con el derecho a la vida, la principal condición del ser humano que es su libertad de expresarse y vivir en armonía con el entorno social que elija.

La lectura es un camino por el cual llegamos a plantearnos dudas sobre lo real, nos genera inquietudes y cuestionamientos, nos ayuda a fomentar el pensamiento crítico. También por su intermedio alcanzamos algunas certezas: no sólo almacenamos conocimientos, aprendemos a discernir, a mostrar una conducta consciente ante el entorno y una postura crítica ante la realidad.

El hábito de la lectura pudiera servir también para combatir el pesimismo y la sensación de derrota. Ojalá y fuese un antídoto cuando pareciera reeditarse el recurrente desencanto o cuando quisiésemos mirar, sin renunciar a la esperanza, en el devenir de este país ausente que todavía tenemos.

Nunca será excesivo subrayar que el principio del camino que se quiere enmendar está en la educación y la cultura. La búsqueda de un humanismo que se fije una orientación de lo societario sin manipulación partidista, para que así la fuerza de lo colectivo pueda trascender esos individualismos que, paradójicamente por inmediatistas, pierden de vista las crisis del presente. Decía Mariano Picón Salas: “El país es hermoso y promisorio, y vale la pena que los venezolanos lo atendamos más, que asociemos a su nombre y a su esperanza nuestra inmediata utopía de concordia y felicidad”¹⁸.

Falta mucho de educación y cultura, pero de una manera sistemática y organizada, como parte de un consenso nacional, mas no como un orden impuesto por la improvisación, que no emana desde las necesidades reales del Estado. Estas debieran sustentarse en lo permanente o por lo menos duradero y no en la entelequia de unas políticas públicas parcializadas y efímeras.

Es necesario construir nuevos y fuertes escenarios que hagan posible la labor de la educación en tanto integradora y formadora de ciudadanía. Hace falta mayor institucionalidad y menos burocracia,

hacen falta más ciudadanos críticos que reclamen la funcionalidad del Estado de derecho que se pliega, conformista, ante su palpable extinción.

Tokio, mayo, 2016.

Notas y bibliohemerografía

- ¹ Ana Teresa Torres: *La herencia de la tribu. Del mito de la independencia a la revolución bolivariana*, Caracas, Alfa, 2009, p. 24.
- ² *Ibidem.*, p. 26.
- ³ Simón Bolívar: “Carta dirigida a Esteban Palacios”, 10 de julio de 1825, en: <http://bolivar.ula.ve>
- ⁴ Augusto Mijares: *Lo afirmativo venezolano*, Caracas, Ministerio de Educación, 1970.
- ⁵ Eduardo Blanco: *Venezuela heroica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972.
- ⁶ Eduardo Blanco: *Venezuela heroica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972.
- ⁷ Tomás Straka: *La épica del desencanto*, Caracas, Alfa, 2009.
- ⁸ *Ibidem.*, p. 7.
- ⁹ José Martí: “Cecilio Acosta”, en *Obras selectas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1978, tomo I, p. 186.
- ¹⁰ Julio César Salas: *Civilización y barbarie*, Caracas, Ediciones Centauro, p. 92.
- ¹¹ *Ibidem.*, p. 198.
- ¹² Octavio Paz: *Postdata*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 76-77.
- ¹³ Mariano Picón Salas: *Viejos y nuevos mundos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1983, p. 85.
- ¹⁴ Miguel Ángel Campos: *El desagravio del mal*, Caracas, Fundación Bigott-Universidad Católica Cecilio Acosta, 2005, p. 94.
- ¹⁵ *Ibidem.*, pp. 93-94.
- ¹⁶ Mariano Picón Salas: *Odisea de tierra firme*, Mérida, Ediciones Solar. 1995, p. 96.
- ¹⁷ Domingo Miliani: *País de lotófagos*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1992.
- ¹⁸ Picón Salas: *Viejos y nuevos mundos*, p. 21.